

REPORTAJE

ALBERTO FUE, DURANTE CASI OCHO AÑOS, UN SALVADOREÑO CON ACENTO COLOMBIANO. UN PASAPORTE FALSO Y ALGUNOS DÓLARES EN SOBORNOS A LOS AGENTES DE MIGRACIÓN ERAN LA MEZCLA PERFECTA PARA LLEGAR A EUROPA, DONDE LO ESPERABAN PEQUEÑAS FORTUNAS A CAMBIO DE TRANSPORTAR EN EL ESTÓMAGO DIMINUTOS PAQUETES DE COCAÍNA EN DOSIS MORTALES.

Las confesiones de una "MULA"

ESTELA HENRÍQUEZ

Estudié en la universidad. Soy profesional y tenía un trabajo estable. Mi sueldo no era alto, pero sí privilegiado, si tenemos en cuenta la situación económica de la gente de Cali. Digamos que era de clase media. Mi condición, pues, era distinta a la de otros compañeros de oficio.

Soy hijo de madre soltera, de una mujer que trabajó duro para mantenerme y darme estudios. Ella nunca dijo nada de su familia; no sé si tengo abuelos o tíos, y menos si hay algún primo por ahí. Se dedicó a trabajar y a darme lo necesario. Murió cuando yo tenía 28 años.

Imagínese: quedé muy mal. Ella era todo para mí, y su muerte me dejó sin razones para vivir. Ya no tenía a quién darle cuenta de mis actos, y en Colombia es muy fácil entrar en esto, porque hay gente que constantemente busca personas con problemas económicos, o jóvenes ambiciosos que quieren dinero fácil.

No sé de cuál de esos grupos era yo; lo cierto es que un día llegaron a mi casa, donde vivía solo y con una depresión enorme por la falta de mi mamá. Necesitaba plata y no les costó mucho convencerme de entrar en

el negocio. Mis nuevos amigos me convencieron de que las ganancias serían altísimas. Le aseguro que no me mintieron.

TRAGAR UVAS

Me explicaron que tenían que entrenarme. El método de enseñanza no era muy sofisticado, pero cumplía con su objetivo. Consistía en tragar uvas enteras, sin masticarlas.

No sé si alguna vez ha sentido que se atraganta con algo; es una sensación de ahogo y desesperación. Horrible. Eso es lo que me pasó con la primer uva que me tragué. Lo hice en mi casa, al llegar de la oficina; había renunciado esa misma mañana. Quería adelantarme al entrenamiento, que iba a empezar unos días después. Luego me alegré de haberlo hecho. Así, al llegar al lugar donde se entrenaba a las mulas, prácticamente sabía a lo que iba.

Fue en una casa en el centro de Bogotá. El tamaño de las uvas era más o menos el mismo de las cápsulas llenas de cocaína que más adelante habría de transportar en el estómago. Tienen dos o tres centímetros de alto, y no son muy gruesas. Son como eso que aquí llaman ejotes. Desde el principio se me dio bien.

No iba a ser un problema tragar las cápsulas con la droga.

Me tuvieron algunas semanas tragando uvas y dándome lo que se podría llamar una terapia psicológica para que no me pusiera nervioso al llegar a los aeropuertos y al pasar por los controles de migración.

Y llegó el día de mi primer viaje, al menos del primero con cocaína en el estómago. Había volado antes, pero por cosas de la oficina, por el trabajo.

Lo primero que hice fue encomendarme a Dios. Eso es así. El ladrón le pide a Dios que le ayude a robar sin que lo atrapen; yo también confiaba en que Dios estaría conmigo y que no caería preso ni se me reventaría una de las cápsulas.

Era lo que me daba más miedo: que se me reventara una cápsula. Sabía que llevar esa droga en el estómago era peligroso, porque otro de mis compañeros murió en un lapso de diez segundos cuando una se le reventó dentro del cuerpo. Murió por sobredosis.

Es paradójico. Yo estaba en peligro de morir por una sobredosis sin ser un adicto, sin haber probado nunca la droga. Para este trabajo buscan gente que no tenga vicios; las mulas



REPORTAJE

MUERTE SÚBITA

La sobredosis de cocaína ataca directamente al sistema nervioso central. Cuando la dosis es masiva, como en el caso de que se reviente una de las cápsulas que se tragan las mulas, que pueden ser de 10 a 12 gramos cada una, no hay tiempo para salvar la vida de la persona.

Provoca, en cuestión de segundos, la muerte por paro respiratorio. Hay espasmos bronquiales y se puede sufrir un infarto de miocardio y contracción de arterias. Hay un bloqueo casi total del oxígeno y una reacción de hipersensibilidad tipo 1 en el sistema nervioso central.

Todo ello, junto, hace que el individuo que ha ingerido una fuerte cantidad de droga no tenga posibilidades de sobrevivir. Según el doctor Edgar González Rivas, en ese tipo de muerte por sobredosis la causa no es sólo una, son todas de un solo golpe.

son gente a la que se confía mucho dinero y se arriesga la vida. ¡Imagínese! ¡Le ponen en el estómago miles de dólares! No pueden confiar en cualquiera.

A LA TAREA

Antes de salir hacia el aeropuerto comencé la tarea: tragarme las 120 cápsulas que me habían dado para el viaje. Las cápsulas no las hacía yo; me las daban hechas.

Las tomé una por una, con paciencia. Lo ameritaba la situación. Trataba de no darme cuenta de lo que estaba haciendo. Trataba de ocupar la cabeza en otra cosa mientras tragaba. Me costó mucho. Esta vez ya no eran uvas: eran unas cápsulas blancas con sabor a goma, a hule, porque son del material de los guantes de médico, de esos que se usan en los hospitales.

Me las tomé en ayunas, para que no se mezclaran en el estómago con alimentos que pudieran apresurar una digestión o activar el jugo gástrico, que es uno de los peores enemigos en este trabajo. Tomé una parte de las cápsulas (serían unas 40) y me acosté en la cama, apretándome el estómago para acomodarlas. Esperé un rato y repetí la operación. Lo hice varias veces, con paciencia, mientras veía televisión, hasta que las tomé todas.

Tenía en el estómago una cantidad inmensa de droga, de la más cara, 85 por ciento pura. Cada una de las cápsulas llevaba entre diez y doce gramos de cocaína. Para ser exactos, me tragué 110 de diez gramos, y otras diez de doce: 230 gramos de cocaína en total, de la más pura que pueda haber en el mercado.

Yo era uno de los preferidos por los dueños de la droga. Podía transportar en el estómago una cantidad considerable. A ellos no les sirve la gente que se llena muy rápido, porque no tiene cuenta gastar en viáti-



cos y pagar a una persona que no dé muchas ganancias, y yo llegué a tomar, en ocasiones, hasta 150 cápsulas, entre ellas varias de doce gramos.

Cada uno de esos paquetitos blancos, significaba cien dólares para mí si llegaban al destino final. En aquel primer viaje gané 12 mil dólares, libras de impuestos.

EL VUELO

Ellos se habían ocupado de prepararlo todo. Salí de Colombia en un vuelo comercial, que me costearon los dueños de la droga; había contactos esperándome en cada aeropuerto en el que haría escala.

Despegamos. La aeromoza me ofreció comida. Yo no podía dejar de recibirla. Allí hay peligro de cualquier forma, comiendo o negándose a comer. Yo la aceptaba porque es sospechoso que alguien no coma en un viaje que dura todo el día: salía de mi país a las 7:30 de la mañana y llegaba acá a las 9 de la noche. Cuando la sobrecarga me daba el plato, sólo re-

movía los alimentos para que creyeran que al menos lo había tocado, pero no probaba nada.

Era una tortura volar con la tentación de la comida, sin poder probar bocado.

Esa vez llegué a Comalapa, al aeropuerto de El Salvador. Bajé siendo colombiano. Me fui como salvadoreño.

Los agentes de migración me registraron como a cualquier otro de mis paisanos, le dieron vuelta a todo lo que traía en la maleta, revisando cada una de mis cosas. Después me llevaron a una habitación en la que hicieron que me quitara la ropa para registrarme. No encontraron nada, pero igual les di un billete de 50 ó 100 dólares, que no rechazaron.

No era una mordida ni un soborno, porque no me encontraron nada ilegal, pero sí fue una forma de ganarme a los agentes, que desde ese día estarían en mi lista de los más frecuentados. Variass veces pude entrar sin problemas en este país.

La primera vez, ya seguro de que tenía la entrada a El Salvador, llamé a uno de los contactos que me dio el dueño de la droga antes de salir. Me dijo el hotel en el que debía registrarme, y entonces él llegaría a dejarme lo que necesitara.

Afuera del aeropuerto tomé un taxi que me condujo al hotel. Al conductor le di como única referencia el nombre del lugar, pero llegué bien.

Al poco tiempo de haberme instalado llegó el contacto. No supe su verdadero nombre, pero me llevó papeles salvadoreños, un pasaporte que tenía un nombre que me tuve que aprender porque ése sería yo a partir de aquel momento. Según el papel, había nacido en un lugar de esos que tienen aquí, con nombres raros. La foto era la mía.

Con los papeles en la mano, y sin saber realmente dónde estaba, pasé un par de noches, hospedado. Según mis documentos era un salvadoreño más.

Al que me atendió en la ventani-

REPORTAJE

DRUGA INCAUTADA EN CENTROAMERICA DURANTE 1996. (en Kgs.)

PAÍS	cocaína	marihuana	heroína	detenidos
Panamá	9,800	18045	7.71	454
Guatemala	4,306	32,711	13.4	253
Honduras	3,424	600	0.0	350
Costa Rica	1,433	376	17.0	433
Nicaragua	400	54	0.0	398
El Salvador	66	635	3.2	894
TOTALES	19,429	52,421	41.3	3,782

Fuente: AFP

lla del hotel no pareció importarle mi acento colombiano, que aún ahora, después de tantos años de no ir a mi país, no se me ha quitado.

En la habitación había dos camas y un televisor, pero lo que en realidad me importaba era que tuviera baño privado. Era indispensable. Necesitaba comer algo, y para eso tenía que sacar las cápsulas de coca que tenía en el estómago.

Como no había tiempo para esperar la digestión, me tomé la mezcla que me indicaron antes de salir: un vaso con leche acompañado por otro de jugo de naranja. No es un purgante, pero hace que salga del estómago lo necesario para expulsar lo que se ingiere.

No podía usar el inodoro. Usaba papel periódico o de revista para defecar; eran muy pocos los residuos que salían. Podría asegurar que lo único que expulsaba eran las cápsulas. La mayoría de ocasiones no salen de una vez. En mi primer intento salieron como treinta; descansé y volví a tratar de defecar. Otras 40. Así hasta que las tuve todas, bien contadas, en una bolsa plástica.

Siempre que lo hacía, comía algo en el hotel, muy poco, porque no podía darme el lujo de comer más. Descansaba de la tortura del ayuno los dos días que permanecía en El Salvador.

HACIA EUROPA

Un día antes de partir a Europa vaciaba el estómago y lo preparaba para recibir de nuevo los 230 gramos de cocaína. Las cápsulas estaban bien lavadas, con agua del chorro, porque me daba temor utilizar algún limpiador. Sabía que el material que cubría la droga era resistente, pero nunca quise arriesgarme. Otra vez sentía la sensación de ahogo en la garganta, pero cada vez era menos difícil.

Aquella primera vez tenía el boleto para el país en el que me esperarían, España, para ser más precisos. Hice las maletas y salí del hotel a tomar el taxi que me llevó a Comalapa. Dos días me había pasado en El Salvador, siendo un salvadoreño pero sin saber dónde estaba. Ni siquiera estaba seguro de que el taxi tomaba el camino correcto al aeropuerto.

Tuve la misma tentación con la comida del avión, pero llegué a Madrid sin mayores dificultades. Las autoridades migratorias vieron mi pasaporte salvadoreño y no se molestaron en hacerme preguntas; los sal-

vadoreños no necesitan visa para llegar a ese país. Creo que a ningún lugar de Europa, por eso es tan fácil entrar como centroamericano.

No se dieron cuenta de mi acento. Además hablé muy poco. Tengo nervios de acero, y quizá por eso fue tan fácil confundirme con los demás turistas.

Sólo sentía un vacío en el estómago, que no me causó grandes molestias. Pasé por migración sin problemas, me dirigí al hotel al que me dijeron que llegara y desde allí me comuniqué con el contacto, que ya sabía mi nombre salvadoreño, a qué horas llegaría y dónde estaría hospedado.

Recibí la visita, en un hotel lujoso, de un empleado del comprador de la droga, al que entregué todas las cápsulas que llevaba en el estómago. Para tenerlas listas cuando llegara, repetí la mezcla que tomé en El Salvador, jugo de naranja y leche.

Las entregué y me pagaron tal y como me lo habían prometido: cien dólares por cada cápsula. Eso era sólo por el transporte; el trato con el dueño de la droga era otra cosa. Me imagino que el valor de la coca se lo pagaban a través de cuentas bancarias, porque nunca recibí pago por la mercancía, sólo lo mío.

Esa fue mi primera vez. Todo salió bien y regresé a mi país cargado de dinero.

Me fui acostumbrando y comencé a cubrir esa ruta con tanta frecuencia que conocía a los contactos, pasaba por migración con la mayor naturalidad. Probé otras rutas, sin pasar por El Salvador, pero la verdad siempre ocurría algo que complicaba las cosas, así que decidimos dejar este país como puente permanente hacia Madrid. Había quienes lo usaban para llegar a otros países europeos, pero yo sólo viajaba a España.

Hice varios viajes en ocho años. Cada vez el número de cápsulas era mayor, y el pago por transportarlas también. Logré comprar

una casa muy bonita en Colombia; no sé si todavía la tengo, porque no me he comunicado con nadie de allá. La verdad es que ni siquiera hay con quién me pueda comunicar. Me imagino que debe estar abandonada, o quizá me la haya quitado el gobierno al ver que nadie pagaba los impuestos. No sé. Quizá vaya un día a Colombia y vea qué ha pasado con ella. Eso no me importa mucho ahora.

Mi último viaje fue como todos, con los contactos hechos, el mismo hotel en El Salvador y en Madrid, pero esta vez hubo problemas que no pude detectar: gente resentida que quería ganar más de lo que ganaba con sus cargas. A muchos les interesaba esta ruta porque era de las mejor pagadas.

Llegué a Comalapa como otras veces, pasé Migración con la misma facilidad de siempre, pero afuera había un grupo de policías esperándome. Sabían mi verdadero nombre, el avión en el que vendría y que traía droga. Me deshicé de las cápsulas de coca antes de que ellos me las buscaran en el estómago; en el baño de las bartolinas las expulsé sin que se

dieran cuenta. Buscaron antes en mis maletas y no hallaron nada, pero tenían otro tipo de pruebas en mi contra. Me trasladaron al penal y cumplí, después de un largo proceso, una pena de 6 años en prisión.

Imagínese, preso fuera de mi país. Allá no tenía a nadie, pero era el lugar donde había estado toda mi vida. Aquí fue como comenzar de nuevo, hacer nuevos amigos, conocer gente que se ha portado muy bien conmigo.

He cumplido mi pena y estoy trabajando. No me ha costado, porque estudié algo y sé cómo desenvolverse, pero tampoco me he podido colocar en un buen empleo. De lo que sí estoy seguro es de que, a mis 40 años, no estoy dispuesto a regresar a la vida de mula que me costó seis valiosos años de mi vida.

C.A. EL PUENTE IDEAL

Según un análisis de la Asociated France Press (AFP), publicado por los principales diarios del istmo a finales de 1996, Centroamérica es "un consolidado puente de la droga entre Suramérica y Estados Unidos o Europa".

Según el reporte de AFP, Panamá es uno de los principales centros de operación regional de las organizaciones del narcotráfico. Le siguen en orden descendente, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Nicaragua y El Salvador.

Entre otros fenómenos comunes que se observan en el área, están la infiltración, cada vez mayor, de los narcodólares en la política, y el lavado de dólares entre algunos sectores del empresario. Sin embargo, esos son sólo algunos de los problemas que enfrentan las autoridades en cada país.

El surgimiento de organizaciones locales de narcotraficantes, fenómeno generalizado en la región, está relacionado con el aumento del consumo de drogas, especialmente cocaína.

Se supone que el aumento de consumidores de "coca" en la región obedece a que los "capos" de los carteles pagan en "especie", o sea con la misma droga, a sus colaboradores, quienes han creado su mercado en los mismos países.

